



el rescate y la memoria

La “Salud Mental” que no queremos para nuestro pueblo¹

Gregorio Bermann

En la inauguración del Primer Congreso Argentino de Psiquiatría (junio 28 de 1956), al señalar el altísimo porcentaje de enfermos nerviosos y mentales en la población de los Estados Unidos, afirmé que era natural “la ambición de los psiquiatras argentinos de que nuestro país no corra la misma suerte” (1). Le ha faltado tiempo al Decano Interventor, Prof. Nerio Rojas, que me siguió en el uso de la palabra, para salir al paso de mi aseveración. Su premura en objetarme, en pleno acto inaugural, es indicio de cuánto le afectó, considerando al parecer necesario para su alta investidura oficial y en su condición de psiquiatra, uno de los más destacados del país, que no quedara flotando en la atmósfera del solemne acto, tesis tan “peligrosa”.

Las estadísticas están presentes en todo su patético significado, y confirmadas por elocuentes testimonios. No son cifras cualesquiera. Proviene de fuentes oficiales, y una de las estadísticas es la que se realizó, en escala colosal, la más grande de las efectuadas hasta hoy. Estas cifras de una investigación psiquiátrica de masas, fueron obtenidas durante la Segunda Guerra Mundial, y aun cuando ya existían elementos de juicio para preverlo, esta comprobación reveló a la opinión el gigantesco problema psiquiátrico de EE.UU. De los 16 millones de examinados, fueron rechazados por razones psiquiátri-

cas alrededor de 1.850.000, o sea el 12%. Si se toma en cuenta únicamente el total de rechazados, que fue de unos 5 millones, la proporción asciende al 37%. Además, desde 1942 a 1946 fueron dados de baja de las fuerzas armadas por razones psiquiátricas, desde los centros de recepción hasta las zonas de combate, más de 680.000 incorporados. Por último, fue muy alta la proporción de eliminados por las mismas causas en los diferentes frentes. Estos porcentajes son muy superiores a los anotados en la Primera Guerra Mundial: mientras en esta fue de 2%, en la Segunda, ya se ha anotado que fue del 12%. Estas cifras dieron pie al análisis exhaustivo realizado por el psiquiatra en jefe de las fuerzas armadas, desde 1943 a 1946, general William C. Menninger (2). Es decir, afirmaba el mismo Menninger, que de cada 100 hombres que vinieron a nuestros centros de examen, doce debieron ser rechazados por algún tipo de alteraciones de la personalidad; que el 40% de todos los hombres que fueron dados de baja por razones médicas –un total de aproximadamente 400.000- lo fueron también por problemas de la personalidad; y que alrededor de otros 150.000 fueron dados de baja por que no se adaptaban a la vida militar (3).

Una verdad más inaceptable aún, de la cual la psiquiatría y la democracia deben tomar cuidados conoci-

¹ Orientación médica (1956), Año V, N° 215, págs. 261-265.

miento –dice el Prof. Titular de Psiquiatría de Filadelfia Edward A. Strecker- es que casi 500.000 jóvenes (bastantes para formar 41 divisiones de combate) intentaron evadir el enrolamiento en el servicio militar, no dudando en recurrir a cualquier medio, por vergonzoso que fuere, hasta el de vestir ropa de mujer. Debería subrayarse que estos hombres no reclamaban ser objetores de conciencia (4).

Mientras las cifras basadas en el “Selective Service Group” más arriba señaladas estima el número de casos psiquiátricos en EE.UU. en 8.500.000, una investigación anterior, también oficial, publicada a fines de 1943 había señalado dicho número en 8.470.000 casos. Esta cifra coincidente está basada en la investigación de una población tipo de la zona de Baltimore, en 50.000 personas, examinadas una por una, y que daba el 60,5 por mil de afectados (5).

En un informe más reciente, la Asociación Nacional de Salud Mental de Estados Unidos estima en nueve millones la cifra de afectados, de los cuales aproximadamente 1.500.000 padecen enfermedades mentales y 7.500.000 alguna otra alteración mental. Sin contar 1.500.000 aproximadamente de retardados. A esto hay que agregar que alrededor del 30% de todos los pacientes que van a los hospitales generales y del 50% que consultan a los médicos generales, sufren psicosis y otras perturbaciones de la personalidad, o de afecciones físicas asociadas con enfermedad mental o alteraciones de la personalidad. Todavía hay que tomar en cuenta que enfermedad mental o alteraciones de la personalidad son factores importantes en las llamadas “enfermedades sociales”, a saber: el 1.700.000 de delitos serios que se cometen cada año; 50.000 toxicómanos; unos 3.800.000 alcoholistas-problemas, de los cuales 950.000 son alcoholistas crónicos graves; 17.000 suicidas cada año; unos 265.000 menores, entre 1 y 17 años, que son traídos un año con otro, ante los tribunales de menores; y en fin, de cada cuatro matrimonios por año, hay un divorcio (6). Solo últimamente hizo saber el Comisionado de Higiene Mental del Estado de Nueva York, que el ingreso a los hospitales psiquiátricos había disminuido ligeramente, atribuyéndolo, sobre todo, al amplio e intensificado uso de las nuevas drogas tranquilizadoras (7).

En su intervención, el Dr. Nerio Rojas repitió el conocido dicho de que “con una estadística se pueden demostrar las cosas más diversas”. Empero, para algo se hacen, y es obligación del estudioso no servirse de ellas para cualquier finalidad, sino extraer de ellas con método riguroso las enseñanzas correspondientes, y no otras. El Dr. Rojas no ha objetado que el porcentaje que di no sea exacto, sino las consecuencias que saqué de esa cifra. Y esto es justamente lo que interesa de modo eminente, o sea el estado de la salud mental en EE.UU., y si debemos seguir su trayectoria, si puede servir de ejemplo para nosotros.

De modo categórico nos lo ha sugerido recientemente el ingeniero Julio A. Noble, envuelto en nubes blanqui-azules, desde la prestigiosa tribuna del Instituto Popular de Conferencias de “La Prensa”, al iniciar su disertación con estas palabras: “Más que un país extraordinario, un mundo de mañana”, y en todo el curso de su

exposición (8). Este es, como es de público conocimiento, nada menos que el camino oficial. No se trata de oponer una opinión a otra opinión. No incomodaríamos al lector, ni al profesor Rojas, y tampoco yo me tomaría la molestia, si solo de esto se tratara. Pero es que se trata de algo sumamente importante, lo de mayor importancia para los psiquiatras argentinos: de la salud mental de nuestro pueblo, y junto con ello, del destino de la psiquiatría argentina. Está anunciado para el corriente mes el Congreso Latinoamericano de Salud Mental, de cuya Comisión Ejecutiva es presidente el doctor Rojas, y me parece sumamente grave que en el certamen de los higienistas mentales de nuestro continente, rijan criterios confusos o extraviados.

El problema de la salud mental en EE.UU. es de tanta magnitud que desafía a fuerzas y a conocedores más expertos que el que suscribe. Si bien las cifras son de por sí ya excesivamente demostrativas, es vital que sepamos por qué y cómo el gran país del norte sufre tan tremendo impacto en su salud mental. Muy lejos de nuestra intención es dar en estas líneas una imagen integral de la cuestión, pero antes de apuntar algunas consideraciones, cabe señalar que solo utilizaré, como hasta ahora, fuentes norteamericanas muy autorizadas. Y que en manera alguna puede tomarse lo que digo como una vulgar detracción; por el contrario, tengo en alta estima al pueblo norteamericano, y no retaceo mi admiración por sus realizaciones técnicas y científicas y su asombroso empuje.

Son muchos los que quedan pasmados ante la cultura y el equilibrio mental y moral de EE.UU. Pero, ¡cuán lejos están de las directivas de un Emerson o del empeño educacional de Horace Mann, que cautivaron a Sarmiento! Dice el autor de “El miedo a la libertad”, en su reciente libro “Tenemos un alfabetismo de más del 90% de la población. Tenemos radio, televisión, films, un diario por día para cada uno, pero en vez de darnos lo mejor de la literatura y la música del pasado y del presente, estos medios de comunicación, suplementados por avisos, llenan las mentes de los hombres con la más despreciable basura (cheapest trash)...” (9).

Todo el libro está lleno de elementos de juicio que conforman, como quiere el autor, una patología de la normalidad, de la patología de la sociedad occidental contemporánea. El hecho de que “el fenómeno fragmentario de un país no sea sino el resultado de un proceso mundial”, como afirma el Dr. Rojas, no altera el fondo de la cuestión. Porque la enfermedad no está en la naturaleza del hombre y de las cosas, sino que obedece a causas que debemos develar y remediar en la medida de lo posible. ¡Y hay tanto que hacer en este sentido! Ya en el Congreso Internacional de Higiene Mental de México, decía Erich Fromm: “Nuestra sociedad occidental contemporánea, no obstante su progreso material, intelectual y político, conduce cada día menos a la salud mental, y tiende a minar la seguridad interna, la felicidad, la razón y la capacidad de cariño en el individuo; tiende a convertirlo en un autómatas, el que paga su fracaso humano con una creciente enfermedad mental, y con una desesperación oculta bajo un frenético impulso hacia el trabajo, y el supuesto placer” (10).

Durante la guerra, y enseguida después de ella, durante el período rooseveltiano, se oyeron voces escleradas de escritores y pensadores, seriamente preocupados por el problema. Después, estas voces se fueron apagando, principalmente bajo la influencia del Comité de Actividades Antiamericanas (la Sección Especial de la Legislatura norteamericana), y cuanto este representa. Recuerdo entre aquellas voces, la del Tte. Coronel Julius Schreiber, que clamaba contra el odio, los prejuicios y la ignorancia de sus conciudadanos. El artículo trata de la interdependencia entre democracia y salud mental (11). "Sí, exclama Schreiber, Amperica ha fallado en 'vender' democracia a sus hijos. Es cierto que hemos tenido nuestras clases de 'civismo' en la escuela, pero ahí quedaron, ¡en la escuela! Los hogares, las calles, los lugares de trabajo, los clubes, los vecindarios, tienen un peculiar sello de 'civismo' y todos ellos demasiado a menudo comienzan con el simple prefijo 'anti'".

Con relación directa a la salud mental, dice: "Es sobremano claro que los problemas de la salud mental y los problemas de la democracia están íntimamente entretreídos. Las medidas que promueven a la una, promoverán a la otra" (página 620). "Hemos aprendido que una verdadera salud mental es dependiente del pensamiento y de la práctica de la democracia" (subrayado por el autor), (página 611). Y termina así el artículo: "El desafío que nos confronta, como nación democrática es claro. Solo hay dos cuestiones: ¿Pretendemos ser democráticos, o no? Si no somos hipócritas (si no somos criaturas que vestimos ropas hechas para adultos), ¿estamos listos para asumir nuestras responsabilidades y actuar? He aquí el problema, tenemos mucha de la información necesaria, tenemos la ineludible responsabilidad. ¿Tenemos la integridad, la conciencia social, y la resolución para actuar?"

Podrían multiplicarse sin término análisis como los transcritos. Que el lector ilustrado y al día dé la respuesta. A diez años de escrito, antes que poner en marcha los remedios radicales que señalaba, se han ido acentuando rápidamente los males denunciados en el artículo del Dr. Schreiber. Habría mucho que decir por qué no lo ha hecho un país dotado de tanto dinamismo, iniciativas y recursos. Tal vez tenga algo que hacer con ello la boutade de Bernard Shaw a propósito del prohibicionismo: un pueblo alcoholizado es un pueblo adormecido; si se le quita el alcohol, puede despertar a la conciencia de sus problemas, y buscar enérgicamente la solución de los mismos...

Considero pues que hay excesivos elementos de juicio para no seguir a los EE.UU. en este aspecto. Por otra parte, este aspecto fundamental -y único en esta nota- está sin duda estrechamente vinculado a toda su estructura social y económica, al American way of life. No se me ocultan las implicaciones sociales, políticas, internacionales, de una toma de posición en este problema. Pero no corresponde tratarlo aquí, aunque tampoco la rehuiremos, llegado el caso.

Me es grato reconocer los grandes, a veces heroicos, esfuerzos para mitigar tantos males, no solo por parte de psiquiatras y psiquiatras norteamericanos, sino

también de las comunidades y de diversas instituciones libres. Por un tiempo seguí personalmente los trabajos del National Committee for Mental Hygiene, encabezado por el abnegado George Stevenson. Pero, ¿qué pueden hacer frente a lo que pasa en el hogar o en la calle, agredidos por la propaganda y por mil factores que deforman y degradan la personalidad del ciudadano común? Frente a aquellos factores de desintegración y rebajamiento social, la acción de los dispensarios de higiene mental, los centros de guía infantil, los consultorios para cónyuges, la psiquiatría industrial, y tantas otras creaciones, son gotas en la corriente caudalosa que no por eso remonta su curso. Su objeto es paliar las consecuencias de una estructura engendradora de infinitos desastres mentales, individuales y colectivos. Los argentinos no tenemos ni estos recursos siquiera, para atenuar los males de la estructura. Y no podemos conformarnos con esas apariencias de tratamiento, con recursos curanderiles, con métodos superados. El espíritu científico obliga a entrar con esforzado ánimo etiológico en las ciudades y campos de Estados Unidos, en los que año tras año ve aumentar el número de los pacientes de la especialidad. ¿Dónde está la gran medicina de prevención, que es el verdadero fin de la higiene y de la medicina contemporánea, de acuerdo con el indiscutido, axiomático principio de que más vale prevenir que curar?

Al precio de algunas ventajas de confort material no hemos de sacrificar nuestros valores humanos ni menos por los beneficios profesionales que la especialidad pueda brindarnos. Los psiquiatras son hoy en EE.UU. los más cotizados de entre los médicos, también económicamente, hasta superar a los cirujanos. No alcanzan allí los diez mil y pico que tienen. Necesitan más y más. Es significativo que el movimiento de higiene mental, así como la propagación del psicoanálisis, haya tomado cuerpo con fuerza en EE.UU. más que en ninguna otra parte. Respondía indiscutiblemente, ya a comienzos de siglo, a una necesidad muy sentida.

Sería falso subestimar las extraordinarias conquistas de la salud física hecha en EE.UU., sobre todo gracias a la técnica, a la investigación y a los adelantos materiales. Es cierto también que sus beneficios no alcanzan sino a una parte. Al reiterar el presidente Truman en 1946, su proyecto del programa que permitía pagar a los médicos con el producto de los recursos impositivos del Estado -proyecto que no se aprobó- afirmó que solo cuatro millones entre los 150 millones de habitantes recibían atención médica adecuada, y otros 75 millones carecen de los cuidados más elementales. Aunque me parece que el ex-presidente ha cargado las tintas, no hay duda que estas deficiencias influyen también en el cuidado de la salud mental. Allá como acá, la parálisis general progresiva ha desaparecido casi, así como muchas psicosis de origen infeccioso. La salud mental es tributaria de los progresos de la medicina orgánica, pero esta se halla muy lejos de cubrirla. Precisamente, el fenómeno más impresionante de la medicina contemporánea es el antagonismo entre el mejoramiento de la salud física y el empeoramiento de su salud psíquica. En diversas oportunidades señalé que este fenómeno ha llegado a ser tan importante, que se ha

convertido en la amenaza más grave para la salud pública y privada de nuestro tiempo (12).

No, en este aspecto no debemos seguir las huellas de EE.UU. Es imposible creer que haya algún psiquiatra argentino, ni uno solo, ni siquiera el Dr. Rojas, que quiera una "salud mental" para nuestro pueblo como la que padece el pueblo norteamericano. Tal vez la mayor utilidad que podamos obtener de este aspecto de la realidad norteamericana, es cómo hacer para no seguir sus

huellas. Conocerlo a fondo, para no caer en sus abismos. Otro es el camino, que hasta ahora no hemos emprendido. He llegado el período de un estudio a fondo de esta vasta cuestión, y contemporáneamente, de una práctica correspondiente. Porque, imagino que no se ha de continuar con la ficción de las ligas de higiene mental –por mucha que sea su buena voluntad– para remediar con sus pobres recursos, sus brazos cortísimos y su esquema errado, los grandes problemas de la salud mental. ■

Notas bibliográficas

1. "Orientación Médica", Bs. As., agosto 24 1956, pág. 818.
2. William C. Menninger: "Psychiatry in a Troubled World", New York, The Macmillan Co. 1948.
3. Round Table. Wartime Lessons for Peacetime Psychiatry. A Radio Discussion by Henry Brosin. Roy Grinker and William Menninger. Chicago III. N° 445, Sept. 29 de 1946.
4. Edward A. Strecker: "Psychiatry Speaks to Democracy". "Mental Higiene", Vol. XXIX, Oct. 1945, N°4, pág. 592
5. Lemkau, Paul; Tietze, Christopher and Cooper, Marcia: "A Survey of Statistical on the Prevalence and Incidence of Mental Disorder in Sample Populations. "Public Health Reports", Reprint N° 2534, 58: 1909-1937, December 31, 1943.
6. The National Association for Mental Health. Facts and Figures about Mental Illness and other Personality Disturbances. Abril 1952.
7. Por primera vez, desde la segunda guerra mundial, los ingresos a los hospitales psiquiátricos del Estado disminuyeron en 500 a marzo 31 de 1956, en relación con el año anterior; mientras que en los últimos 10 años había habido un aumento constante de 2.000 ingresos, término medio. O sea, más que en toda la República Argentina. "The American Journal of Psychiatry", julio 1956, pág. 88.
8. "Los Estados Unidos vistos por un Argentino". J. A. Noble. "La Prensa", 30-6-56.
9. La Contribución de las Ciencias Sociales a la Higiene Mental. Relato al IV Congreso Internacional de Higiene Mental, diciembre de 1951. Pág. 41. México, 1953. "Aun antes de entrar en una más detenida discusión del problema en su totalidad, estas cifras (se refiere a las de homicidio y suicidio en los países de Occidente) provocaron un interrogante, el de si no hay algo fundamentalmente erróneo en nuestra manera de vivir y en los fines por los que estamos luchando". (The Sane Society, pág. 10).
10. Erich Fromm: "The Sane Society", Rinehart & Company, Inc., New York, Toronto, 1955.
11. Julius Schreiber: "The Interdependence of Democracy and Mental Health", "Mental Hygiene", Vol. XXIX, Oct. 1945, N° 4, pág. 606.
12. Gregorio Bermann: "Desintegración Social y Deterioración Mental", Revista Latinoamericana de Psiquiatría, N° 1, octubre de 1951. "Fundamentos de la Sociopsiquiatría", Id. N° 9, octubre de 1953.